

A lo largo de quince o veinte años ejerció Zorobabel las funciones de Nasi o director de Israel y de gobernador o *peha* persa de Jerusalén, sin grandes dificultades. Haggia o Agee, en 520, le trata igual que al gran sacerdote Josué y le da siempre el primer lugar. Antiguas profecías mal entendidas fomentaban la agitación del pueblo. Como en todas las épocas de grandes desdichas, las quimeras tomaban cuerpo: se soñaba con un salvador ideal, un David perfecto, que realzaría la gloria de pasados días. Jeremías ya concebía la esperanza de un retoño predestinado de David, rey justo y prudente, que devolverá su prosperidad a Israel. Estos pasajes, como todos los de Jeremías, hicieron gran efecto en la imaginación. Se habló misteriosamente de un *semakh* o retoño de David, que había de aparecer y salvar a Israel. Zorobabel pudo parecer bastante tiempo el que realizaría estas aspiraciones.

Muy enigmática fue su desaparición: nada absolutamente se sabe del fin de Zorobabel. La frustración de tantas esperanzas vino indudablemente de la autoridad persa, que no quería monarquías locales. Hay que confesar que la anomalía de un hijo de reyes reducido a la condición de gobernador de tercera clase no podía continuar indefinidamente. Además, ya se ha visto muchas veces en esta historia que el destino de Israel no era fundar una monarquía. El partido sacerdotal triunfante se empeñó en que se perdieran las huellas de la expulsión de la antigua dinastía. Los príncipes de la familia de David, hasta entonces ricos y conocidos, quedaron relegados al olvido y caerían probablemente en una situación de fortuna indigna de ellos.

Habiendo realizado un papel considerable en su raza, Zorobabel desaparece de la historia sin que se sepa cómo. No tuvo sucesor. Al parecer, fue el único Nasi. En cambio, después de él, la dignidad de sumo sacerdote se nos presenta más poderosa que nunca. El sumo sacerdote se convierte en el verdadero gobernador de Jerusalén. Poseemos las listas de los grandes sacerdotes como en otras partes se poseen las listas de los soberanos. La nobleza sacerdotal se conservaba con gran cuidado, y como todas las noblezas, era origen de muchos fraudes. Una especie de gabinete genealógico conservado en Jerusalén, servía para rectificarlos.

¿Cómo se verificó esta revolución, cuyos detalles quisiéramos conocer? Ciertos hechos dan a entender que se hizo violentamente, según parecen indicar muchos pasajes de las obras de aquella época. Zorobabel, al parecer, no figuró en la terminación de la obra del templo. El mérito de esta terminación corresponde a Josué, que unía la realeza al sacerdocio y que era *cohen* en el trono. Se ha supuesto que el motivo de este cambio fue una revolución, originada acaso por el oro traído de Babilonia.

Nada de esto es totalmente seguro. ¿Heredó Josué todo el poder de Zorobabel? ¿Desaparecido éste, se trasladaron al *sadokita* todas las ideas referentes al retoño davídico? Nuestra tremenda ignorancia de los sucesos de Jerusalén en aquella época apenas permite las conjeturas. Los historiógrafos judíos han querido que este episodio fuera obscuro y lo han logrado. Sólo hay dos cosas claras. La primera es que Zorobabel, por fallecimiento u otra causa, cayó del poder al terminarse el templo o

poco antes. La segunda, que todos los descendientes de Zorobabel fueron particulares oscuros, mientras que la serie de los descendientes de Josué persistió como la de soberanos hereditarios. A Josué le sucedió su hijo Joiaquim; y a éste su hijo Eliarib. La dignidad de sacerdote es hereditaria por derecho divino. Todos los sacerdotes descienden de Aarón.

Se creó una segunda legitimidad, junto a la casa de David expirante. La dignidad de sumo sacerdote es la primera de la nación. Transmitida a los varones primogénitos, ennoblece a toda la familia y da al hermano el derecho de subir al altar. La dinastía de los sumos sacerdotes se constituye en listas oficiales que llegan hasta el sitio de Tito. Los diezmos serán la fuerza y la riqueza del nuevo poder. Israel ya no es nación, sino comunidad eclesiástica. Jerusalén da el primer ejemplo de la materialización de un poder espiritual. La Roma de los Papas hallará en esto un modelo, imitándole magistralmente.

Varis salmos contienen (según ciertos críticos) lamentaciones de que acabara así, en silencio, la casa de David.

No es sorprendente el olvido en que cayó esta casa. Excepto cuatro o cinco soberanos buenos, la dinastía no produjo más que impíos, en opinión de los pietistas. Los últimos reyes de Jerusalén, después de Josías, fueron anatematizados por la escuela de Jeremías. En el fondo, para los profetas, David y el templo eran poco cosa. En las pinturas ideales del reinado mesiánico nunca se dice, durante la época de que nos ocupamos, que un descendiente de David reinará en Jerusalén. Sólo al fin de la época de los Macabeos, o, mejor dicho, cuando los Herodes, se ve nacer la idea de que el Mesías será hijo de David, y se rehacen las genealogías para buscarle a David descendientes auténticos, cuando está comprobado que no se le conocía ninguna hacía siglos. Los asmoneos no eran descendientes de David ni hicieron nada para poseer usurpados títulos de tales.

El gobierno persa, al poder del gran sacerdote no le daba, en absoluto, carácter político. Siempre hubo en Jerusalén, aparte de la autoridad judía, un *peha* nombrado por la corte de Susa. Su residencia estaba en el lugar donde más tarde se levantó la torre de Hippico (el actual *Kalaa*). El sumo sacerdote vivía en el templo.

Los antiguos palacios reales, situados al sur del templo, seguían arruinados. La autoridad persa había creído que era un atentado tratar de reedificarlos o instalarse en ellos.

Rara debía de ser aquella pequeña Jerusalén de los tiempos de Darío y Jerjes, ciudad de sacerdotes, profetas y levitas; de todo, menos de verdaderos ciudadanos. En Grecia era aquella la época de los 300 espartanos y de Cinegira, de Milciades y de Cimón. Los profetas últimos fueron Agee y Zacarías. No quedó más que un templo con sus sacerdotes y hieródulos, muy parecido a los templos contemporáneos de Gebel, Tiro y Chipre. Ya no se luchó contra una idolatría invasora: el monoteísmo reinó sin rival en Jerusalén. La civilización profana quedó destruida para siempre. El segundo templo, como el primero, fue construido por obreros fenicios. Parece que desaparecen las grandes esperanzas de los profetas. El ritualismo, o más bien la casuística, lo absorbe todo.